

## LA CORTINA DE ROMBOS

Siempre tuve una mirada curiosa, de esas que hurgan más allá de lo que el escaparate de la vida enseña. Ya en la infancia, tenía la manía de querer colarme en la trastienda, ese espacio vedado a los intrusos y custodiado por sus dueños. Allí, entre trastos, vergüenzas y contradicciones, solía encontrar la verdad, todo aquello que los adultos ocultaban. Tras los rombos de una cortina, aprendí a mirar con los ojos de Alberto, mi amigo, en aquel espacio oscuro que la sociedad de entonces le tenía asignado por naturaleza y del que yo no supe liberarle.

Sus padres regentaban una pastelería. De vez en cuando, Alberto me traía algún bollo de chocolate en su mochila, aplastado entre los cuadernos, que acabábamos lamiendo entre risas de párvulos. Me gustaba estar a su lado en clase porque era muy divertido.

Aunque pronto empezó a repetir cursos y nos separaron de aula, lo buscaba en los recreos para que jugara con mi grupo a la pelota. Se guarecía en un rincón de los insultos y desprecios de sus compañeros, mostrando una extraña sonrisa que era para mí todo un enigma. Lo zarandeaba intentando borrarla de los labios, pues me parecía impropia, y lo animaba a vengarse de ellos. Hoy, cuando asoma, simplemente la envidio.

Pronto comenzaron los de mi grupo a quejarse de su presencia, a amenazar con dejarme de lado si seguía con él, hasta que un día ya no lo vi en su rincón. Ahí estaba, pero no parecía él. Encontré al otro Alberto, con su mueca de labios torcidos, balanceándose al compás de no entendía bien qué, mirando con ojos turbios, observando lo inexistente. O lo que nadie parece ver. Y me alejé a mis juegos infantiles, borrándolo de mi pizarra como todos los demás. Ni siquiera reparé en su ausencia cuando fue expulsado tras un arrebato de ira en el que rompió la nariz a un compañero.

Las quejas cesaron. Hasta los barrotes del patio suspiraron con alivio. Alberto ya no era un problema, ya no estaba aquél desgarrado fastidiando el juego. Pero existía. Y pronto empecé a echarlo de menos, a frecuentar furtivamente el escaparate de la pastelería, donde arrugaba mi nariz

contra el cristal como un sabueso, tratando de olerlo. Ni rastro. Mis héroes de cómic me gritaban “cobarde” desde sus viñetas por no atreverme a entrar y preguntar por él.

Llegaron las vacaciones de verano. Una mañana en la que mi cumpleaños estaba a la vuelta de la esquina, mi madre, harta de verme deambular taciturno por la casa, se sentó a mi lado.

-¿Qué te pasa?, ¿por qué estás triste, si el sábado vienen todos tus amigos a la chocolatada?

Alberto el tonto, el invisible, el borrado de la lista.

-Falta el hijo de Alodia, la pastelera, te dije que quería que viniera -grité enfurecido.

Alberto el divertido, el amigo, al que los adultos miran con gesto de pena.

-Cariño, ese niño no puede venir, ya sabes, es muy... ¿cómo decirlo?, muy... especial. Diferente.

La mañana de mi cumpleaños convencí a mi madre para comprar una docena de pasteles. Con diferentes propósitos, traspasamos juntos la puerta de aquel paraíso de aromas dulzones. Junto a la cortina a rombos de la trastienda, señalé a mi madre los bollos de chocolate, recordándome ella que habíamos acordado pasteles. Insistí mientras mi memoria, en forma de lengua, lamía el cuaderno de matemáticas.

Mientras la pastelera escogía los dulces, noté una ligera ondulación de los rombos, y supe que estaba allí. Inquieta, me plantó la bandeja en las narices, pero nada impidió que observara la tela, que se había corrido un poco, dejando una pequeña apertura.

Alodia la cerró de un tirón. Pude notar su nerviosismo y la complicidad de mi madre, que sacó rápidamente el monedero como queriendo desaparecer de allí. De un brinco, me coloqué tras el mostrador y abrí del todo aquella cortina, ante los espavientos de ambas mujeres, que no habían tenido tiempo casi de reaccionar.

Grité su nombre y nos unimos en un abrazo, abandonándome feliz junto a su pecho al balanceo de un ritmo absurdo. Ya no me impresionaba su mueca. Le pedí perdón, y en silencio me dijo que no había nada que perdonar. Permanecimos así hasta que nos separaron nerviosas nuestras madres. Lancé un “¿vendrás?”, que se volatilizó en el aire como una nube de harina.

Aquella misma tarde, el chocolate me supo amargo. Alberto no estuvo presente.

No pensaba darme por vencido. Como mis héroes, libré batallas y causé rendiciones hasta conquistar la trastienda, sin sospechar que un nuevo dolor me esperaba entre aromas a mantequilla, caramelo y merengue: el próximo curso Alberto acudiría a un centro “apropiado” para él, a muchos kilómetros de distancia. Alodia se lo comunicó a mi madre entre susurros, que se colaron tras la cortina mientras dábamos volteretas por el suelo. En aquella semipenumbra, el único espacio que nos permitían, había aprendido a entrar en su mundo, a utilizar otros códigos, pero parecía que nada de aquello pudiera subsistir más allá de la trastienda. Me quité la careta de héroe para volver a ponerme la de niño. Fue la última vez que vi la cortina de rombos.

Crecí. Me enamoré de Amaya. Y con 22 años, al querer regalar unas pastas a mi novia, volvimos a encontrarnos. Nos miramos sorprendidos sin saber qué decir. Esta vez, un abrazo sin balanceo nos unió. Me habló de su feliz vida en el centro, de sus nuevos amigos, aunque -me aseguró- nunca se había olvidado de mí. Alodia le interrumpió varias veces para hablarme de sus brotes psicóticos y la medicación que tomaba, como queriendo reconciliarse con la ignorancia del pasado que le impidió tratarlo adecuadamente. Fueron explicándome los progresos realizados: sus cursos de pastelería, los pequeños trabajos en otros obradores y el proyecto de trabajar junto a su padre. Me alegré mucho por todo aquello y, antes de despedirnos, lo noté un poco inquieto.

-¿Vendrás a verme? -preguntó con cierto miedo.

-Por supuesto. Prepárate mañana a las ocho, que te presento a mi novia y nos vamos juntos a cenar al Burguer -respondí, pero ahora era yo el que sentía temor.

Amaya abrió la lazada de las pastas relamiéndose, y al separar el fino papel que las envolvía me plantó un beso en los labios. No estaba muy seguro de si me había precipitado en el ofrecimiento de invitarlo a cenar con nosotros. A mi novia ni siquiera le había hablado de él. -Amaya, cariño, tengo que hablarte de Alberto, un amigo de la infancia. Hacía muchísimo que no lo veía y lo he invitado a cenar.

-Ah, vale, por mí perfecto -respondió antes de dar un pequeño bocado a una punta de chocolate.

-No lo conoces. Por entonces vivías en la capital. Es el hijo de los pasteleros.

-Ningún problema. Conoceré a tu amigo y nos iremos después de copas.

-Verás, no creo que pueda. Toma una medicación. Es, cómo decirlo...

¿Diferente?, ¿especial? Traté de explicarle lo mejor que supe no sólo lo que todo el mundo consideraba “su problema”, sino la conexión tan especial que nos unía y lo que siempre había significado para mí.

-Esta vez no voy a darle la espalda, Amaya, ¿seguro que no te importa?

-¿Pero qué dices? Estoy deseando conocerlo, de verdad. ¿Te he hablado yo de mi tío Luis y su trastorno bipolar? ¿Y de la ludopatía de mi hermano? A unos nos enferma el hígado; a otros, las neuronas -concluyó, para mi asombro.

La cita transcurrió de una forma agradable, aunque Alberto parecía recelar de Amaya. Ella mostraba en todo momento interés por él, preguntando recetas de tartas y cosas así, y él respondía simplemente con educación. Al terminar la cena, fuimos a dar una vuelta por el parque. Con el tiempo, citas parecidas fueron cimentando poco a poco entre ellos una confianza que pareció dar paso a algo más. Yo me daba cuenta de cómo Alberto miraba a mi novia. La halagaba con piropos que Amaya, lejos de recibirlos incómoda, hacían explotar en su boca una carcajada. “Oh, gracias, mi príncipe azul”, le decía, y mi amigo aprovechaba para lanzarme una picaresca mirada. “Oye, no me quites a mi novia, no te pases”, le amenazaba yo, echándolo al suelo y rodando ambos por la hierba del parque, sin los límites opresores de la trastienda.

A veces, Alberto hacía cosas extrañas y teníamos que llamar su atención, como cuando en el cine se empeñó en toser y carraspear de forma demasiado ruidosa y compulsiva. O en aquella cena con la cuadrilla, en la que hizo volar las patatas fritas con ketchup por el aire. En esas y otras tantas ocasiones, volví a sentir la espina de la mirada ajena: unas veces insidiosa, de fastidio, hartazgo; otras tantas, de pena. Sin embargo, siempre me pareció más cruel la de la indiferencia, esa de ojos

huidizos, de cabezas girándose al pasar; la que hiere y causa dolor, abocando al rincón del olvido; la que, creyéndose poseída de la razón, destierra a quienes poseen otras razones; la que excluye de lugares comunes en nombre de la cordura.

Al cabo de unos meses, la conducta de Alberto se fue alterando demasiado. Su estado de ánimo fluctuaba con facilidad de la exaltación a la apatía. Volvió la mueca de labios, la mirada turbia, el balanceo, las rabietas. Aumentaron las visitas al psiquiatra, hasta que el delirio y las alucinaciones obligaron a internarlo. El más indómito de los Albertos, el tráfuga, necesitaba una ayuda que nosotros no podíamos ofrecer. Aprendimos a confiar a otros las sucesivas partidas. Arrancaron la cortina de rombos y colocaron una mampara de cristal transparente; reservaron para su vuelta mangas pasteleras y rodillo. Los años, como un caleidoscopio, fueron ofreciendo diferentes ángulos y vértices de él mismo. De mí. De cualquiera.

Hoy, en uno de sus rituales al llegar a mi casa, ha tomado la foto de boda que preside la entrada, admirando, entre la lluvia estática de pétalos y arroz, el ramo de margaritas que lució Amaya. Tras besar el marco, ha vuelto a depositar el retrato en la repisa, diciendo: “las corté yo. Qué novia más guapa”, y dedicándonos una sonrisa de satisfacción. Como tantas veces, sin que podamos evitarlo, se ha sentado en el sofá con la mochila a la espalda. Yo sabía lo que mis tres niños, que lo llaman “tío Alberto”, esperaban impacientes de él, y no eran precisamente los cuentos de Txano Gorritxu que solía regalarles.

Viendo a mis cachorros pegar lametones a las tapas manchadas de chocolate, he sonreído al pensar que, por fortuna, hay cosas que nunca cambian.